

Los últimos días del obrero Manuel Rojas Llantén y el ciclo de protestas del verano de 1957 en Santiago de Chile

The last days of the worker Manuel Rojas Llantén and the cycle of protests in the summer of 1957 in Santiago de Chile

Luis Thielemann Hernández*

RESUMEN

A través de la revisión de fuentes oficiales y prensa periódica, se analiza la actividad del dirigente obrero, también del movimiento de pobladores y militante socialista, Manuel Rojas Llantén en sus últimas semanas de vida, antes de fallecer tras una protesta en Santiago de Chile, el 8 de febrero de 1957. Se estudia, poniendo al centro la figura de Rojas Llantén, la organización y agitación que gestó el ciclo de protestas que comenzó en enero de 1957 y que encontró su clímax en la revuelta de abril del mismo año. Igualmente, se constatan las dinámicas de articulación social diversas y densas que compusieron dicho movimiento desde sus inicios y hasta el final del verano. Por último, se analiza el rol de la violencia represiva mortal en la radicalización de la subjetividad de la protesta rumbo a la revuelta. Se propone que la particular figura de Rojas Llantén, así como su activismo en las luchas del verano de 1957, ayudan a comprender las formas en que se construye un ciclo de protestas, a los personajes que protagonizan dicha construcción y las dinámicas en que tal proceso deviene en una revuelta.

Palabras clave:
Manuel Rojas Llantén, revuelta, represión, movimiento social.

ABSTRACT

Through the review of official sources and periodical press, we analyze the activity of Manuel Rojas Llantén, a workers' leader,

Keywords: Manuel Rojas Llantén,

* Chileno. Doctor en Historia. Profesor Escuela de Historia, Universidad Finis Terrae, Chile. E-mail: luisthielemann@gmail.com

* Este artículo forma parte del proyecto FONDECYT Iniciación N°11200441, financiado por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID). Agradezco los comentarios de Andrés Estefane y Camilo Santibáñez al manuscrito original.

also a member of the settlers' movement and a socialist militant, during the last weeks of his life, before his death after a protest in Santiago de Chile, on February 8, 1957. The organization and agitation that gave rise to the cycle of protests that began in January 1957 and reached its climax in the revolt of April of the same year are studied, focusing on the figure of Rojas Llantén. It also shows the diverse and dense dynamics of social articulation that made up this movement from its beginnings until the end of the summer. Finally, we analyze the role of deadly repressive violence in the radicalization of protest subjectivity, turning them into revolts. We propose that Rojas Llantén's figure and activism in the struggles of the summer of 1957 help to understand how a cycle of protests is constructed. These characters are the protagonists of this construction, the dynamics in which this process becomes a revolt.

revolt, repression,
social movement.

En la noche del 7 de febrero de 1957, el obrero panificador Manuel Rojas Llantén fue detenido por Carabineros cuando participaba de una protesta contra las alzas de precios de bienes y servicios básicos, en el centro de Santiago. Fue golpeado en el acto y luego en los calabozos, siendo liberado esa misma noche, para volver finalmente a su hogar en la periferia norte de la ciudad. Antes del mediodía de la jornada siguiente, el 8 de febrero, Rojas Llantén murió súbitamente en su trabajo. Los movimientos sindicales y estudiantiles acusaron a Carabineros de provocar el deceso con la golpiza, y mantuvieron esa versión a pesar de las pruebas en contrario presentadas por el Estado. Un mes y medio más tarde, las protestas de las que participaba Rojas Llantén desembocaron en la mayor revuelta popular en décadas de historia de la ciudad de Santiago.

Treinta y seis años después de ese episodio, el entonces dirigente estudiantil y militante radical Julio Stuardo González recordó la muerte del panificador como parte de un movimiento popular y urbano que se enfrentaba a la policía “cada dos días, a veces todos los días, durante enero y febrero”, que desembocó “en una gran manifestación que se le hizo a Rojas Llantén, pero el asunto siguió [...] yo diría que esto se mantuvo durante todo el mes de enero y siguió en febrero” (Milos, 2007: 477). Aunque su muerte ha sido registrada por los pocos historiadores que han mostrado interés por la revuelta de abril de 1957 (Milos, 2007: 72; Salazar Vergara, 2006: 212), el hecho es considerado apenas un antecedente, un ejemplo más de la violencia que precedió a una revuelta, pero sin mayor particularidad.

La muerte de un militante obrero es un momento en que la prensa y otras instituciones registran importantes antecedentes de su vida, y el caso de Rojas Llantén no fue distinto. Así, el estudio de las informaciones de prensa, en tanto fuentes que caracterizan sus últimos días de vida y las protestas en las que encontró la muerte, permite abordar preguntas de relevancia para la historia social: ¿cómo se construye la articulación social que conforma un ciclo de protestas populares? ¿En qué formas se realizan conceptos como “activista”, “militante”, “dirigente” o “revoltoso” en un ciclo de protestas en el Santiago del siglo XX? ¿De qué forma se modifica la protesta rumbo a la revuelta y qué rol juega la violencia en ella? En el fondo, preguntas que apuntan a comprender cómo y quiénes empiezan una revuelta.

Este artículo intenta responder tales preguntas a través de tres momentos de los últimos días de la vida de Rojas Llantén: su rol como organizador de las protestas, las marchas y luchas callejeras del verano, y su muerte y los hechos que la rodearon. Inicia proponiendo que la “Batalla de Santiago”, del 2 de abril de 1957, no fue un “reventón” ni fue una protesta espontánea o surgida sin explicación¹, sino una revuelta, el *ceñit* —de masas y violencia— de un ciclo de protestas (Tarrow, 2004).² Este ciclo —contra las alzas de bienes y servicios, especialmente del pasaje de transporte público en la ciudad de Santiago de Chile, que se había iniciado en enero de ese mismo año— si bien tuvo una sorpresa masificación hacia fines del mes de marzo, fue en buena parte resultado del activismo y organización del Comando contra las Alzas, una instancia coordinadora de sindicatos, organizaciones de pobladores y de estudiantes, constituida en Santiago en el mes de enero. En segundo término, a través de la persona de Manuel Rojas Llantén, en tanto obrero panificador, militante socialista y dirigente sindical y de pobladores, y parte del Comando contra las Alzas, se puede observar la variada y amplia diversidad de actores que concurren en la construcción popular de una revuelta desde un ciclo de protestas, en las formas propias de mediados del siglo pasado. Por último, se establece cómo la muerte de Rojas Llantén, en la interpretación que el mismo movimiento hizo del hecho en los días inmediatamente posteriores, se convirtió en un hito de radicalización del mismo ciclo de protestas. Siguiendo a Charles Brockett (2002), se produjo la paradoja represión-protesta, es decir, cuando la muerte de Rojas Llantén y la percepción entre los activistas y militantes del Comando contra las Alzas de que ésta era producto de la represión, lejos de intimidar al movimiento, dinamizó el desarrollo de un antagonismo frontal. El texto que sigue se organiza en función de estos tres momentos y buscando articular una imagen de cómo se fue gestando, desde la base y en la agitación y la protesta, la revuelta de

¹ “Reventón historicista” es la categoría que ocupa Salazar, para referirse al carácter sorpresivo de las revueltas populares de masas en el Santiago del siglo XX. “Espontaneidad” es la principal característica que le adjudica Milos, en varios momentos a lo largo de su obra, a la gestación de la revuelta de abril de 1957 (Milos, 2007: 125; Salazar Vergara, 2006: 213).

² Respecto de la relación entre la imagen de espontaneidad de las revueltas o revoluciones en la memoria y los ciclos de protestas que las conforman previamente, ver Tarrow, S. “Ciclos de acción colectiva: entre los momentos de locura y el repertorio de contestación”, en Traugott (2002: 99-130).

abril; así como también las dinámicas internas del ciclo mismo y sus violentas relaciones con el Estado.

Un panificador cesante en el Comando contra las Alzas

Manuel Rojas Llantén no había pasado la década de 1950 con la mejor de las suertes. No es posible saber desde cuándo, pero para enero de 1957 no tenía trabajo en panaderías, tal vez producto de la Ley de Defensa de la Democracia, mejor conocida como Ley Maldita³, tal vez producto de la crisis económica de 1955. Para sostener a su familia, trabajaba como cargador en La Vega, por las mañanas. Ésta estaba compuesta por cuatro hijos (Manuel, Haydee, Pablo y Guillermo; aunque al parecer tenía dos hijos más con su anterior pareja) y su actual pareja, Lastenia González Abarca. Su hijo Manuel, de 20 años, ayudaba también a los gastos del hogar. Trabajaba en la construcción, un gremio que, por ese verano, reclamaba tener, según su sindicato, “un 46,5 por ciento a un 50 por ciento de cesantes” (*El Siglo*, 6-II-1957; *El Mercurio*, 17-I-1957). La familia de Rojas Llantén vivía en “dos piezas de tablas y latas” que arrendaba en la calle Olivos, en la población ‘Julio San Martín’ (*Las Noticias de Última Hora*, 9-II-1957), en la parte norte de la ciudad.

La descripción que más adelante haría la prensa sobre su hogar era lo suficientemente gráfica: “Sobre la cama un canasto con papeles y documentos. A la izquierda, una mesa y una pala. Debajo del lecho, un perro, ‘Pipo’, el amigo eterno de los pobres” (*Las Noticias de Última Hora*, 9-II-1957). Viviendo en la población Julio San Martín, Rojas Llantén se convirtió en dirigente de pobladores. Esto no era algo extraño. El paso de la militancia obrera a la organización en las poblaciones fue algo normal en la época, puntualmente porque este tipo de barrios periféricos autoconstruidos y siempre en líos con la legalidad, en su inmensa mayoría estaban habitados por familias obreras (Garcés, 2013: 52-62). Así, el vínculo entre poblaciones y protestas contra las alzas, en el verano de 1957, se fue dando a través de las articulaciones militantes

³ La Ley de Defensa Permanente de la Democracia, N°5839, del 18-X-1948, fue la legislación que ilegalizó al Partido Comunista y a todos sus medios y órganos, a la vez que borró de los registros electorales a todos sus militantes. Además de perseguir a los militantes del PC, fue utilizada profusamente contra la militancia obrera y de izquierdas en general.

y también de la experiencia de vida misma del movimiento obrero y el creciente movimiento de pobladores.

La formación como obrero panificador de Manuel Rojas hace necesario otro alto. Este movimiento fue uno de los más importantes componentes de la clase obrera en Chile desde sus orígenes. En 1957, los sindicatos de panificadores alegaban representar unos 16 mil trabajadores (Milos, 2007: 61), entre los que abundaban los migrantes del sur del país, en su mayoría mapuche. Esto le otorgaba una historicidad común a importantes sectores del gremio y un constante antagonismo a una patronal dominada por migrantes de origen europeo, lo que además le daba un carácter racial al enfrentamiento clasista en el ramo. Los panificadores fueron uno de los puentes entre el viejo sindicalismo, dominado por gremios artesanales y militantes libertarios, agonizante luego de los cambios políticos y económicos de la década de 1930, y un obrerismo surgido del desarrollismo, legalizado y encuadrado en el Código Laboral de 1931, pero que mantuvo altos niveles de combatividad y clasismo. Por dicho puente pasó todo tipo de conocimientos, ideologías y liderazgos, acumulados en décadas de militancia. Destaca, a modo de ejemplo ilustrativo, la permanencia, desde comienzos del siglo XX, de los abyectos métodos proletarios para vencer en los conflictos, tales como el sabotaje, el incendio intencional o los bombazos a panaderías, y que se registran en las huelgas del rubro de 1961 y de 1967 (Alvarado Lincopi, 2017; Muñoz Cortés, 2013; Yáñez Andrade, 2008).

En algún momento de los primeros días de enero de 1957, Manuel Rojas Llantén fue seleccionado por su sindicato, el N°5 de Panificadores de Santiago, para representar a todo el gremio en las reuniones del Comando contra las Alzas (*Las Noticias de Última Hora*, 9-II-1957). Esta instancia de articulación social para impedir las subidas de precios decretadas por el gobierno de Ibáñez del Campo, y que afectaban a bienes de consumo cotidiano y servicios básicos, como el azúcar o el transporte público, se estableció en toda la provincia de Santiago antes de la primera quincena del año. Consistía en una instancia de coordinación para la protesta de distintas organizaciones de obreros, pobladores y estudiantes, y era por tanto un espacio *ad-hoc*, más que un movimiento permanente. Este tipo de alianzas, si bien no eran para nada inéditas en la historia de la protesta, tampoco era algo común

en un país en que primaba el sindicalismo y los partidos como nodos articuladores. Es por ello que expresa un caso especial de alianzas sociales, al que resulta interesante poner atención.

La selección de Rojas Llantén como representante sindical en dicha instancia, ilumina dos aspectos de relevancia respecto de las formas de organización del movimiento obrero. Primero, una confianza política. Rojas era militante del Partido Socialista de Chile, la facción minoritaria y más moderada de un PS que entonces estaba dividido en varios grupos. Más tarde se supo que era amigo del diputado Florencio Galleguillos (*Las Noticias de Última Hora*, 9-II-1957), quien, en 1959, renegó de la reunificación del Partido Socialista de 1957, para emprender un viaje de varios años por distintos partidos refractarios del marxismo y a veces aliados con la derecha. Rojas Llantén no tiene antecedentes de radical o ultraizquierdista. Todo lo contrario. Por otra parte, entre los panificadores organizados abundaban los militantes comunistas y anarquistas, y no tanto los socialistas. Por ende, es posible imaginar que su elección como representante gremial no fue efecto del escaso peso de su fracción partidaria en una mesa negociada, sino que, probablemente, resultado de una probada lealtad militante al sindicato y sus objetivos más directos. Prueba de ello también es el segundo aspecto a destacar. La selección como representante de Rojas Llantén tampoco tendría que ver con sus cualidades como obrero o la importancia estratégica para el gremio de la empresa en que se empleaba, como ocurre en otros gremios, pues, como ya se indicó, el obrero no había conseguido emplearse en panaderías para los primeros meses de 1957. Así, la relevancia para el movimiento obrero de los panificadores de Manuel Rojas no estaba dada ni por su desconocido talento como panadero, ni por la bandera partidaria que representaba. En cambio, fue seleccionado para una instancia que exigía disposición, tanto al diálogo y los acuerdos, como a la agitación y la protesta.

Cuando comenzó enero y Rojas Llantén llegó a las reuniones del Comando contra las Alzas, debe haber visto pocas caras de los viejos tiempos del sindicalismo. Muchos ya no estaban, se habían retirado más por la ley que por la edad. La represión de la Ley Maldita, vigente desde 1948 y fuertemente antisindical, se había endurecido desde 1955 con la circular “Yáñez-Koch”, que permitía la vigilancia y control directo sobre los sindicatos para aplicar la Ley Maldita. El día 2 de enero,

el primer día hábil del año y cuando comenzaban las reuniones para formar el Comando, los tribunales confirmaron la condena contra los dirigentes sindicales del sector bancario, y Mario Morales, Iván Katalinic, Enrique Baeza, Jorge Silva, Luis Urra y Fernando Torres debieron cumplir cien días de prisión (*Las Noticias de Última Hora*, 2-I-1957).

Una prometedora coincidencia fue que exactamente un año después del derrotado paro nacional de 1956, que terminó con toda la primera línea del sindicalismo chileno tras las rejas, el 9 de enero, en Santiago, se fundaba el Comando Provincial Coordinador contra las Alzas, que fue la plataforma social que impulsó las protestas. La Central Única de Trabajadores (CUT), en voz de su presidente Clotario Blest, había promovido la formación de esta liga tan solo dos días antes, en las protestas del 7 de enero (*El Siglo*, 8-I-1957). El local escogido para la reunión de la noche del día 9 fue la sede del Partido del Trabajo⁴, y las principales organizaciones asistentes, según *El Siglo*, fueron, además de los estudiantes de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECh), la Federación Textil; la Agrupación Nacional y Provincial de Obreros Municipales; la Agrupación Nacional de Pobladores; la Unión de Mujeres de Chile; la Juventud Socialista Popular; la Juventud Comunista; el Sindicato de Enferradores; la Unión de Estucadores en Resistencia; el Comité Provincial de Cesantes. Además, se sumaron los organismos comunales del FRAP, de la quinta, sexta y novena comunas, así como sus pares de Conchalí y Ñuñoa (*El Siglo*, 10-I-1957). Más allá de la mera presencia de los pobladores, la organización poblacional se pensó como la base territorial del Comando contra las Alzas, prefigurando desde entonces el carácter proletario, periférico y centrado en la reproducción material de la vida que tuvo la revuelta de abril. Rojas Llantén era un ejemplo vivo de que aquello era posible. Tal y como lo acordaron los asistentes a la reunión del 11 de enero de la sección provincial de Santiago del Comando, la tarea que se autoasignaron fue “organizar en cada barrio o comuna el movimiento contra las alzas y la cesantía, coordinando la acción de las organizaciones sindicales, femeninas, de pobladores, deportivas, políticas, etc. que allí existan”

⁴ El Partido del Trabajo fue una pequeña organización fundada en 1953 con restos de la izquierda ibañista. Le sirvió al PC, en 1958, como frontis legal, tanto para su actuar público como para la participación de elecciones, tanto en el Frente del Pueblo como en su sucesor, el FRAP.

(*El Siglo*, 12-I-1957). Según Baudilio Casanova, secretario general de la CUT, Rojas Llantén tenía un rol importante en el Comando contra las Alzas, hasta “donde llevó varias sugerencias interesantes” (*Las Noticias de Última Hora*, 9-II-1957). A pesar de conocer a pocos, Manuel Rojas Llantén se movía con facilidad: era dirigente sindical, pero también de pobladores.

Una macabra coincidencia hizo que el mismo día de la reunión en que se fundó el Comando en 1957, y tal y como un año antes, Clotario Blest, el presidente de la CUT, fue apresado en su domicilio. Esto debió a la protesta pública realizada ese día por la Central, ya que el 2 de enero los tribunales confirmaron la condena a cien días de prisión a los dirigentes sindicales del sector bancario (*Las Noticias de Última Hora*, 2-I-1957). La queja de la Central no le agradó al gobierno, y detectives allanaron su sede central y luego detuvieron a Blest en su hogar (*Las Noticias de Última Hora*, 10-I-1957). En ese escenario, en las reuniones para formar el Comando contra las Alzas se encontraban jóvenes dirigentes obreros y estudiantiles, dirigentas pobladoras conscientes del veloz crecimiento de sus bases, y también algunos “viejos” acostumbrados a la agitación y la conspiración de base, pero que, por las condiciones represivas, habían debido asumir las tareas de relaciones políticas propias de la primera línea. Una mezcla explosiva.

Pero las diferencias entre quienes venían en nombre de un sindicato y quienes eran parte de la densa organización de los estudiantes universitarios era algo que no se podía esconder. Por ende, el Comando contra las Alzas expresó una alianza social de la diversidad popular y no una homogénea armonía entre iguales. En esos días de construcción de la revuelta, la convocatoria al ciclo de protestas se mostró como un llamado socialmente amplio, conteniendo una diversidad de actores vinculados por el hilo común de la crítica contra el encarecimiento de la vida en la ciudad, sostenido en las vidas de los mismos organizadores. También, en una historia común de luchas sociales callejeras, en un repertorio de acciones de agitación y protesta.

Durante una de las primeras reuniones, un obrero de la construcción fue muy aplaudido al insistir en la unidad de obreros y estudiantes para protestar contra las alzas, “como en el año 1949, al oponerse al alza de los micros” (*El Siglo*, 8-I-1957). La revuelta de 1957 se formó de esos encuentros de organizaciones socialmente diferentes, que descu-

brían en la protesta no solo enemigos en común, sino una historia de alianzas sociales para la batalla. El Comando contra las Alzas, base organizativa del ciclo de protesta de 1957, exhibe, a través de las fuentes, una rica articulación de movimientos, partidos y activistas. La figura de Manuel Rojas Llantén pivota sobre estas realidades distintas y nos permite construir un punto de vista a sus vínculos en el conflicto.

Los días finales de Rojas Llantén en el ciclo de protestas del verano de 1957

En los mismos días del verano de 1957 en que la agitación y la protesta comenzaban a desbordar Santiago centro, en el sur de la ciudad, Marta Díaz, propietaria de una vivienda en la zona, denunció a las autoridades al obrero Ricardo Jara. A éste, en febrero de 1957 “ya nadie le da[ba] trabajo en las obras”, pero a pesar de ello recibía constantes visitas en su hogar en una población *callampa*. Según la denuncia, eran otros militantes obreros que lo ayudaban en sus tareas de “agitador comunista” como dirigente de los pobladores de su sector.⁵ La cesantía en la ciudad aumentaba en las periferias la proporción de obreros experimentados en la construcción de organización y conflictos. Y es que no eran pocos los militantes obreros que, al igual que Rojas Llantén, estaban impedidos de actuar en su lugar de trabajo, por medio de la ley o de la crisis. Paradójicamente aquello, combinado con la porfiada insistencia de los militantes, ayudó a expandir la protesta y la organización reivindicativa en las poblaciones.

De esta forma, las organizaciones poblacionales no estaban para nada quietas en el verano de 1957. Expresión de esta inquietud es que la movilización contra las alzas comenzó fragmentariamente también desde las poblaciones, antes incluso de su integración en el Comando. El 5 de enero, el Comité de Arrendatarios de Santa Rosa, adherido a la Agrupación Provincial de Pobladores, se reunió para tratar los problemas causados por el alza de los arriendos, considerados abusivos (*Las Noticias de Última Hora*, 1-I-1957). Ese mismo día, la prensa anunció que militantes socialistas constituyeron un comité de abogados defensores de los arrendatarios para evitar las alzas de los arriendos (*Las*

⁵ Marta Díaz, “Carta al señor Ministro del Interior”, 20-II-1957. Fondo Ministerio del Interior, Archivo Nacional de la Administración, Chile.

Noticias de Última Hora, 4-I-1957). En su población, Manuel Rojas Llantén no estaba ajeno a estas luchas. Desde hace un tiempo y como dirigente de la población Julio San Martín, se encontraba al momento de su muerte organizando la lucha por conseguir la instalación del agua potable (*Las Noticias de Última Hora*, 9-II-1957). Cuando ocurrió el ingreso de estas organizaciones al Comando contra las Alzas, si bien fue fluido, no fue una mera adhesión burocrática. Implicaba discusiones y debates de base, que permitían combinar las luchas específicas en el enfrentamiento contra el encarecimiento de la vida. Por lo menos así se evidenció en la población Nueva Matucana, en el norte de la ciudad de Santiago, cuando la asamblea local le escribió el 15 de enero a la prensa comunista para aclarar que todavía estaban discutiendo su adhesión a la instancia articuladora, y no podían declarar de inmediato su posición definitiva (*El Siglo*, 14-I-1957; 15-I-1957). En tales espacios, eran los cuadros y activistas los que se jugaban la participación en las asambleas. De esta forma, el Frente Nacional de la Vivienda, liga de pobladores relacionada con los partidos de izquierda, comenzó desde el 1° de enero a convocar a asambleas barriales diarias, llamando a “un movimiento general de protesta contra los verdaderos escándalos que se están cometiendo con el valor de los arriendos” (*Las Noticias de Última Hora*, 1-I-1957).

En las poblaciones, el activismo contra el gobierno y su política de alzas crecía sin contención alguna, lejos del ojo vigilante de la policía, el patrón o los delatores. Mientras los militantes obreros, como Rojas Llantén, estaban impedidos de actuar en talleres, galpones y fábricas, podían moverse con facilidad en los pasajes de la periferia. Pero aquello también significó un traslado de otro tipo, el de la expresión de la rabia y el malestar desde los trancos caminos institucionales de las relaciones laborales legales, a los toscos métodos reivindicativos de la ciudad proletaria. Las revueltas suelen surgir precisamente de la imposibilidad de procesamiento institucional de las contradicciones. Así, la protesta callejera, disruptiva de la normalidad de la ciudad, figura la escena final de aquella crisis de mediaciones institucionales, la turba que de noche asalta al poder y a los ricos con toda violencia. La situación provocada por la profundización de la represión antisindical desde 1955 en adelante, como se indicó más arriba, en medio de una crisis económica en que el empresariado apeló a sostenerse atacando por distintos caminos el bolsillo obrero, no iba dejando otro camino a

las empobrecidas familias populares que no fuese salir a la calle para llevar el malestar desde la periferia al centro, donde se convertiría en ineludible.

Así fue con distintos disturbios que ocurrieron graneadamente en el centro de Santiago desde los primeros días de enero y hasta la quincena de febrero, cuando desde el gobierno se suspendieron momentáneamente las alzas. Todos o casi todos fueron a partir de manifestaciones convocadas por el Comando contra las Alzas, en solitario o en conjunto con otras agrupaciones, como el FRAP, la alianza de partidos de izquierda. El 7 de enero la FECh convocó a una movilización contra las alzas, a la que se plegaron los profesores (*El Siglo*, 7-I-1957) y los estudiantes de la Federación de Estudiantes Técnicos Vespertinos y Nocturnos (*El Siglo*, 6-I-1957). La marcha tuvo toda la teatralidad del repertorio histórico de las luchas callejeras conocidas en Santiago. Fue encabezada por una gran bandera chilena, seguida de cerca por la directiva de la FECH y de la CUT, y se desplazó por la Alameda, para desde ahí llegar hasta Ahumada. En este trayecto terminó de inmediato el carácter ceremonioso, y comenzó de lleno el ciclo de protesta en su faceta frontal, crecientemente violenta. Por Ahumada se plegó mucha más gente y, al llegar a Plaza de Armas, Carabineros con velocidad abordó el grupo y detuvo a varios dirigentes del Comando (*El Siglo*, 8-I-1957). Como se ve, la aparición de la violencia en las manifestaciones populares tampoco fue una espontánea y sorpresiva reacción de abril de 1957, sino que tenía historia inmediata. Aquel 7 de enero, en la calle Mac Iver, algunos estudiantes que se retiraban de la manifestación en forma pacífica, fueron objeto de la cacería que dispuso Carabineros por el centro de la ciudad, y terminaron siendo brutalmente apaleados por éstos. Entre ellos se encontraban la estudiante nocturna Adriana Morales, el dirigente Clotario Blest y los líderes de la FECh Gustavo Horvitz y Enrique Marín (*Las Noticias de Última Hora*, 8-I-1957). Por si fuera poco, y como cierre de cualquier posibilidad de mantener una conflictividad más simbólica que física en la protesta, cuando los últimos asistentes se retiraban por calle San Antonio, agentes de Carabineros le arrebataron a los estudiantes la bandera chilena que había encabezado la marcha y que ya estaba maltrecha por las batallas de esa noche. Finalmente los detenidos fueron alrededor de una decena, siendo liberados a las once de la noche (*El Siglo*, 8-I-1957).

En los días siguientes las manifestaciones, algunas veces más violentas que otras, continuaron. El 9 de enero un estudiante fue herido al ser atropellado por un microbús, en un incidente tras una manifestación en Plaza de Armas. Carabineros intentó desalojar a palos el sector, pero fueron superados por los pequeños grupos operativos en que se dividieron los estudiantes por los costados de la plaza. *El Siglo* notó cómo el público de la Plaza de Armas “rio de buenas ganas con la inteligente táctica de los muchachos y muchachas, que dejaron en ridículo a la policía” (*El Siglo*, 10-I-1957). La movilización comenzaba a tener por centralidad el enfrentamiento más que la marcha, la superioridad numérica por sobre su utilización como fuerza.

Las movilizaciones se suspendieron momentáneamente el 10 de enero, por la muerte de Gabriela Mistral. En el comunicado de pésame, la FECh llamó a retomar los actos de protesta el 15 de enero (*El Siglo*, 11-I-1957). Así lo hicieron. En esta ocasión hubo un fuerte despliegue de la policía, la que cercó varias calles, colocando piquetes reforzados por patrulleros con ametralladoras. Esta vez solo hubo tensión y la manifestación terminó en paz, pero la violencia callejera había estado presente, en su forma negativa: la amenaza represiva (*El Siglo*, 16-I-1957).

En estas manifestaciones, las dinámicas implicaban también las trenzas que se iban tejiendo entre distintos grupos sociales. Las convocatorias, que, como dijimos, se llenaban de obreros, estudiantes, mujeres pobladoras y otros dirigentes y militantes, comenzaban con una reunión en algún punto del centro de la ciudad, a las 19:30 horas. Podía ser el local de la FECh o el del Partido del Trabajo, ambos dando cara a la Alameda, la principal calle de Santiago.⁶ Ahí dirigentes y voceros hacían discursos en que se agitaban las razones de la manifestación, a veces se armaban discusiones en que se acusaba la falta de belicosidad de algún dirigente o se llamaba a profundizar tal o cual idea o consigna. En esas discusiones participó Rojas Llantén, según reconoció más tarde el diputado Galleguillos, su amigo (*Las Noticias de Última Hora*, 9-II-1957). A partir de allí salían a la calle y, si Carabineros no lo impedía, comenzaban a avanzar desde la Alameda, por Miraflores,

⁶ En ese entonces, la sede de la Federación de Estudiantes quedaba en la avenida Alameda Libertador General Bernardo O'Higgins, número 634, en el centro de Santiago.

Mac Iver, San Antonio o Ahumada, en dirección al río Mapocho, con tal de alcanzar la Plaza de Armas. Se gritaban consignas como “Hay que ser recontra rico, para poder viajar en micro”, “Estudiantes con obreros, defendemos el puchero”, “La familia Letelier, no nos deja comer”, “Todo Chile a luchar contra el alza criminal”. Si no había enfrentamientos con Carabineros, o si estos no eran muy fuertes, se volvía a la sede de la FECh, en donde nuevamente se daban discursos. Si, en cambio, los disturbios eran más fuertes, como en la mayoría de los casos, estos podían durar hasta bien avanzada la noche, a través de escaramuzas en distintas esquinas del centro de la ciudad.

En esas dinámicas de movilización en ascenso, el ciclo de protestas continuó. El 17 de enero de 1957 se realizó una concentración de protesta (“comicio”) por las alzas en los arriendos y en los bienes de subsistencia. El enlace entre las demandas específicas de los pobladores y la demanda general que encendió la pradera a fines del mes de marzo, se realizaba en las manifestaciones y reuniones socialmente muy diversas. En el encuentro del día 17 “se promovió no pagar el alza de los alquileres de viviendas, por considerarlas ilegales y arbitrarias”, a la vez que se criticó la ya anunciada alza del pasaje de la locomoción, así como también el alza del pan, del azúcar y “otras que se piensa aplicar mientras se congelan los sueldos y salarios”. Durante el verano las asambleas se multiplicaron en las poblaciones, expandiéndose el conocimiento de las convocatorias del Comando contra las Alzas. Así fue en la población Luis Emilio Recabarren, en donde se acordó luchar para que “el Gobierno no autorice una alza más”; y días más tarde, el 24 de enero, en la población Miguel Dávila, en el sur de Santiago, se realizó una reunión “para protestar por el ocultamiento de algunas mercaderías, como la harina y el azúcar, y contra las alzas que está experimentando el costo de la vida” (*El Siglo*, 18-I-1957).

Esta movilización activó a las principales protagonistas de la vida poblacional, que eran las mujeres dueñas de casa. Comités femeninos se formaron en diversas poblaciones en lucha contra las alzas en el verano de 1957. Coordinadas por el Comité Femenino de Renca, el 22 de enero las dirigentas dieron cuenta de una articulación de comités de mujeres que ya estaba presente en las poblaciones Las Javas, Calvo Mackenna y la mencionada Luis Emilio Recabarren, todas de Santiago. La concentración de diversos malestares sociales en torno a una

lucha referencial permitía esta masificación popular de la protesta. Ese día 22, las mujeres de Renca llamaron a “protestar públicamente por el intento del Gobierno de subir las tarifas de la locomoción [...] y el precio del pan” (*El Siglo*, 23-I-1957). En esos mismos días, la Agrupación Nacional de Pobladores, la máxima organización de su tipo, decidió su ingreso al Comando contra las Alzas, aunque la inmensa mayoría de sus bases ya participaban en los seccionales comunales o provinciales de dicha instancia (*El Siglo*, 23-I-1957).

En los disturbios cotidianos que se produjeron a lo largo de todo el verano participaban muchos obreros y también jóvenes estudiantes. Rojas Llantén no era joven, tenía 49 años ese, su último, verano; pero sabía pelear. Según la prensa, su “más hermoso recuerdo” era una fotografía tomada el 14 de mayo de 1929, encontrada entre sus pertenencias, en la que el panificador, con su atuendo de boxeador de peso liviano, posaba tras derrotar por puntos, en el 12° round, al boxeador peruano “Dinamita Jackson”.⁷ Los enfrentamientos cuerpo a cuerpo no fueron pocos y, en esos días de finales de enero y comienzos de febrero, el ascenso de tono en las peleas callejeras se aceleraba, a la par con la sensación de que la violencia se justifica por el actuar de la policía.

Así se pudo observar el 31 de enero, un nuevo día de protestas en que la violencia comenzó cuando Carabineros, sin mediar provocación, decidió dispersar a un grupo de personas que esperaban locomoción, quedando heridos los obreros Juan Orellana y Carlos Cortés. Los estudiantes protestaron airadamente por el hecho, rodeando a uno de los policías, quien desenfundó su revólver y disparó al aire sin dejar heridos, mientras varios de sus compañeros perseguían a un grupo de estudiantes por todo el centro, con las armas en la mano. Tras esos hechos, nuevamente un grupo de estudiantes enfiló por Ahumada coreando gritos contra las alzas. En la esquina con la Alameda los estudiantes fueron apaleados por Carabineros, otra vez sin mediar provocación, desatándose horas de enfrentamientos callejeros (*El Siglo*, 1-II-1957; 2-II-1957; *El Mercurio*, 1-II-1957; *Las Noticias de Última Hora*, 1-II-1957). Los disturbios siguieron en el normalmente apacible mes de febrero. Los días cálidos y de tardes

⁷ Braulio Linares, alias “Dinamita Jackson” y también conocido como “Kid Linares”, fue un boxeador peruano activo en las décadas de 1920 y 1930. Se retiró en 1931.

largas dieron paso a la agitación popular contra las alzas. El viernes 2 las manifestaciones se reanudaron al caer la noche. En Alameda con calle Estado, en el centro de Santiago, hubo nuevamente enfrentamientos entre la policía y los estudiantes (*El Mercurio*, 2-II-1957). También el día 5 hubo manifestaciones y, ese día, según Gabriel Salazar, el gobierno retiró el decreto del alza del pasaje del transporte (Salazar Vergara, 2006: 211). De todas formas, las manifestaciones se mantuvieron, y por lo menos en tres ocasiones más hubo movilizaciones durante el breve mes de febrero.

Pero la del día 5 fue la última manifestación de la que Rojas Llantén salió ileso. Hasta aquí, la actividad social y política de los últimos días de la vida de Manuel Rojas Llantén presenta la posibilidad de observar formas concretas de construcción de protesta del movimiento popular en el Chile del tercer cuarto del siglo pasado. La producción de una “normalidad del disturbio” en la ciudad, en la que los niveles de antagonismo entre protesta y policías se acrecentaron y se pasó a tolerar elevados grados de violencia, se tejió en las manos y cuerpos de los activistas del Comando, como Manuel. Así el ciclo de protestas se fue nutriendo de masas en la medida que demostraba su utilidad como expresión del malestar, un proceso dolido en los cuerpos de muchos activistas y militantes.

La muerte de Manuel Rojas Llantén

El 7 de febrero nuevamente hubo protestas en el centro de Santiago, convocadas por el Comando contra las Alzas. Pasadas las 20 horas comenzó el acto frente a la Casa Central de la Universidad de Chile, en la Alameda y a pocas cuadras de La Moneda. El primer problema estuvo en que la asamblea se debió hacer en la calle, pues miembros de la policía uniformada y civil impidieron el uso de los altoparlantes del patio de la casona universitaria (*Las Noticias de Última Hora*, 8-II-1957). Luego que se hicieron discursos por parte de los dirigentes de la CUT y de la FECh, comenzó una marcha que enfiló hacia la sede de esta última organización. En el camino, Carabineros atacó a los manifestantes y la columna se fragmentó en varios grupos enfrentados a los policías, que respondían lanzando gases lacrimógenos. La espesa atmósfera del verano santiaguino, combinada con las estelas blancas de los gases, hacía irrespirable los alrededores de la Plaza de Armas. En medio de

la confusión, la policía asaltó a palos a todo lo que se movía, cayendo varios heridos (Salazar Vergara, 2006: 212).

Esa noche, el joven Luis Fernández Barrera recorría aquellas calles en su bicicleta. No es posible establecer si lo hacía en el marco de las protestas o por otras razones. Como sea, terminó su recorrido cuando lo detuvo Carabineros. Le entregó la bicicleta a un amigo, mientras frente a calle Catedral era insultado por los funcionarios policiales. Al igual que Rojas Llantén, el muchacho era otro más de los tantos sujetos que “habitaban” dos o más de las categorías tradicionalmente utilizadas como compartimentos estancos para el periodo. Fernández Barrera, de 16 años, era empleado de la Feria Automotriz de la calle Santa Rosa, y también, en las noches, era alumno de la Escuela 57 de Santiago. Joven, trabajador, estudiante. El 7 de febrero no fue su día de la buena suerte y terminó encerrado en el “Juanito”, el carro policial para detenidos. A la prensa, Fernández Becerra le contó que, cuando lo detuvieron, de “un solo empujón” los Carabineros lo lanzaron al fondo del carro y cerraron la puerta dejándolo solo allí. El vehículo se echó a andar y durante unos cinco minutos, el joven no supo hacia donde estaba siendo conducido. De pronto, el vehículo se detuvo en medio del barullo callejero y gritos odiosos propinados por los policías. Se abrieron las puertas y un hombre viejo, lamentándose por el dolor de los golpes, fue también violentamente empujado al interior del furgón, cayendo como un bulto inerte a un costado del estudiante. Era Manuel Rojas Llantén, que había sido apaleado y detenido por Carabineros en las cercanías de la Plaza de Armas (*Las Noticias de Última Hora*, 10-II-1957).

La detención de Rojas Llantén junto a Luis Fernández Barrera es una imagen que habla de la forma de los disturbios que crecían en la medida que terminaba el verano de 1957, acercándose al desborde de fines de marzo. Los costos de la violencia parecían caer abrumadoramente sobre las espaldas de los manifestantes. La prensa destacaba esos días cómo, además de los apaleos normales de Carabineros a los detenidos, estos “tuvieron que soportar la cruel tortura de la ‘calle del medio’, refinamiento policial que consiste en el atormentado paseo de un detenido por entre dos filas de carabineros que, aprovechando la impunidad, dan rienda suelta a sus instintos abofeteando y pateando sin compasión a la indefensa víctima” (*Las Noticias de Última Hora*,

9-II-1957). Este habría sido el festín de golpes que recibió Manuel Rojas Llantén esa noche del 7 de febrero. En la represión a la protesta callejera, cada vez más cotidiana y generalizada en el centro de la capital, eran principalmente estudiantes y obreros los que sufrían el “ataque al bulto”, a palos o balazos, de una policía crecientemente superada por formas de protesta novedosas. Los datos de detenidos, heridos y muertos de las jornadas del 2 de abril de 1957, recopilados en la obra de Milos, confirman una elevada presencia de espectadores inocentes o pacíficos manifestantes entre las víctimas de la violencia policial (Milos, 2007: 325-375).

La noche del 7 de febrero continuó en la Primera Comisaría de Carabineros de Santiago, ubicada en el 714 de la calle Santo Domingo, en el centro de la ciudad, casi al llegar al Parque Forestal, junto al río Mapocho. El joven Fernández Barrera contó más tarde que Rojas Llantén pedía por favor que lo soltaran. A los Carabineros que lo mantenían detenido les “insistía en que era un obrero panificador y que tenía que velar por sus cuatro hijos”. Pero sus lamentaciones y gritos por los golpes recibidos y por los reclamos por su liberación encontraron una única respuesta de los oficiales, un fría y cortante llamado al silencio: “*Tate callao...*”. Aunque Rojas Llantén siguió gritando, “ya ningún uniformado más se preocupó de su suerte”. Tras estos hechos, ambos fueron llevados ante el teniente Alejandro Martínez Pereira, quién los interrogó brevemente. Rojas Llantén alegó que él no tenía “nada que ver con el boche que había en la calle”, a lo que el teniente le respondió: “claro, si todos los que llegan aquí se hacen los tontos, como vos”. Sabemos que, en este caso, lo más probable, dado el rol de Rojas Llantén en el Comando contra las Alzas, el oficial haya tenido razón. Probablemente el obrero panificador participaba de la protesta. El teniente Martínez les aplicó la misma multa a ambos, 440 pesos chilenos de la época. Rojas podía pagar ese dinero, pues portaba 570 pesos en sus bolsillos, pero el teniente le advirtió que solo podría salir si pagaba la multa también del joven Fernández Barrera, quien solo tenía 150 pesos. Finalmente, Carabineros liberó al golpeado Rojas Llantén y, horas más tarde, cuando llegó su padre y pagó la multa, soltaron a Fernández Barrera (*Las Noticias de Última Hora*, 10-II-1957).

Rojas Llantén volvió tarde a su casa, a esas “cuatro tablas de la población Julio San Martín”, como las llamó la prensa. Se acostó sin dar

mayores detalles a su hijo, a quien apenas le contó que había sido detenido por Carabineros en “el mitín contra las alzas”. Al otro día y como todos los días, se levantó temprano para ir a su trabajo como cargador en la Vega Central. Esa mañana se sentía mal, pues así se lo confesó a su hijo Guillermo y a su vecina, la señora Rosa Valenzuela. Según la prensa, tal vez presentía la tragedia que asomaba, pues le pidió a su hijo que anotara la dirección del Sindicato N°5 de Panificadores, en donde Rojas Llantén era dirigente, “por si algo me ocurre hoy”. Cuando llegó a su trabajo no le causaron mayor gracia las bromas de sus compañeros, quienes le mostraban las fotos en los diarios santiaguinos de esa mañana, que en portada llevaban la foto del obrero panificador siendo detenido por Carabineros. A doña Carmen Albornoz y a don Armando González, comerciantes de la Vega, Manuel Rojas Llantén les confidenció: “estoy muy molido. Me duelen los riñones y tengo la cabeza pesada. Anoche me pegaron sin compasión los Carabineros. Estuve más de una hora en la Comisaría antes de lograr salir. Me siento muy mal” (*Las Noticias de Última Hora*, 9-II-1957). Según los testigos, esa mañana Rojas no pudo trabajar en la forma normal de siempre. Se mostró cansado y sin ánimo. En un momento, cerca de las 10:30 de la mañana, mientras transportaba una carretilla con dos cajones de duraznos, Rojas se sentó a descansar junto a la puerta de la entrada de la Vega Central, tomándose con las palmas de las manos firmemente la parte posterior del cráneo. Minutos después cayó desplomado en el patio de dicho mercado que da a la calle Salas, muriendo “de Conmoción” (*Las Noticias de Última Hora*, 8-II-1957; 9-II-1957). Así, al otro día de un brutal apaleo policial y a sus 49 años, el obrero panificador Manuel Rojas Llantén dejó de existir.

Lejos de la protección o de la integración al Estado que, en otras latitudes y en el mismo periodo, gozaban otros dirigentes y activistas sindicales, la vida y la muerte de Rojas Llantén nos muestran la normalidad de la precaria protección ante el abuso legal y la violencia estatal que han tenido históricamente los líderes obreros en Chile. No existió en Chile la denominada “burocracia sindical”, alejada de las complicaciones de la primera línea del enfrentamiento de clases y dedicada más bien a las tareas de negociación. Los últimos días de activismo de Rojas Llantén dan cuenta de las dificultades y el compromiso que significaba ser parte de las franjas organizadas del movimiento popular del periodo.

Desde el gobierno se indicó, de principio a fin, que Rojas Llantén había muerto de una pancreatitis, tal y como lo indicó el parte médico oficial de su defunción (Salazar Vergara, 2006: 212). Uno de sus hijos, el obrero de la construcción también llamado Manuel, sostuvo ante la prensa con firmeza su incredulidad ante dicha versión: “[Mi padre] jamás se quejó del hígado... Mi padre murió a consecuencia de los garrotazos” (*Las Noticias de Última Hora*, 9-II-1957). Pero aquello no importó, y los informes oficiales descartaron la participación policial en la muerte del obrero panificador (*Las Noticias de Última Hora*, 10-II-1957).⁸ Por su parte, el diario *El Mercurio* aseguró que Carabineros manejaba información relativa a la “intervención de elementos activos del Partido Comunista en los incidentes callejeros de los últimos días”, destacando la muerte de Rojas como “víctima de una conmoción cerebral en los momentos en que transitaba por la calle” (*El Mercurio*, 9-II-1957). Las oficinas de aquel diario fueron apedreadas cinco días después por “extremistas con apariencia de estudiantes”, según indicó el mismo matutino (Salazar Vergara, 2006: 212). La defensa corporativa ante la acusación de que funcionarios policiales podrían haber sido culpables de causarle la muerte a Rojas Llantén, más allá de su justificación, convocó lo que investigadores han llamado “la paradoja de la represión-protesta” (Brockett, 2002), es decir que, si bien en un comienzo la represión logra contener la protesta, en otro momento de un ciclo de protestas puede incrementar la protesta misma.

En ese sentido, la muerte de Rojas Llantén marcó un hito de intensificación de la protesta, y es posible proponer que produjo cambios en la subjetividad de las masas e implicó una fuerte politización del conflicto social por las alzas. El funeral de Rojas Llantén fue asumido, independiente de la sentencia oficial sobre las causas de su muerte, como el que le correspondía a un mártir del movimiento. En consecuencia, fue velado en el salón de honor de la sede de la FECh, en donde se encontró su familia. La misma Federación contrató los servicios funerarios, impagables para sus deudos. Por su parte, casi todos los

⁸ “Esta es la versión de la DIE [Dirección de Información del Estado]”, *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 10-II-1957: 7. Según la autopsia realizada al cuerpo de Rojas por el médico Alfredo Vargas Baeza, “el carácter leve de las lesiones [...] excluye toda relación de causa a efecto entre ellas y el proceso patológico causante de la muerte”. Alfredo Vargas B, Informe de Autopsia N°223 de Manuel Rojas Llantén (copia). En Fondo Ministerio del Interior, ARNAD, Chile.

sindicatos y organizaciones populares reunidas en el Comando contra las Alzas emitieron declaraciones de condolencia con la familia de Rojas Llantén, y de protesta ante lo que consideraron un crimen policial, y, según los ferroviarios, parte de “las medidas de fuerza con que se pretende acallar el clamor popular” (*Las Noticias de Última Hora*, 9-II-1957; 10-II-1957). El 10 de febrero, un acto electoral del FRAP convocado en el Teatro Caupolicán se convirtió en un acto de protesta. El teatro se repletó y, si bien oficialmente la CUT y la FECh no participaron del acto, argumentando su carácter gremial, sus bases participaron masivamente de la movilización y sus directivas enviaron sus saludos. A la salida del teatro los miles de manifestantes reunidos allí se sumaron al cortejo fúnebre de Manuel Rojas (*El Siglo*, 11-II-1957; *El Mercurio*, 16-II-1957; *Las Noticias de Última Hora*, 10-II-1957). Por su parte, la prensa de izquierdas mantuvo vigente el nombre de Rojas Llantén, y asoció su muerte a los costos de la lucha social contra las alzas. De esta forma, en el diario *El Siglo*, en la sección de la Lira Popular, fueron publicados durante el mes de febrero poemas en homenaje a Rojas Llantén, en los que se le reconocía el mencionado carácter: “Manuel Rojas, fuiste obrero / de heroísmo singular / y tu sangre es el señero / de un camino a marcar. / Manuel Rojas, tu martirio / es lucero en la opresión; / si hoy estamos entre cirios, / mañana será en canción” (*El Siglo*, 17-II-1957; 24-II-1957).

Con la enorme y amplia movilización popular de repudio a la muerte del obrero panificador y como protesta contra la represión policial a demandas ampliamente respaldadas, y como primer hito de una creciente violencia callejera en las protestas desde enero, puede comprenderse mejor el rápido paso a la violencia a fines de marzo de 1957. Cuando fue asesinada por las balas de Carabineros la estudiante Alicia Ramírez, no fue una sorpresa sino una reactualización del nivel del enfrentamiento que impuso el Estado a través de su policía. Ambos hechos constituyen hitos en una narrativa de la violencia, en el paso de la protesta a la revuelta.

A pesar de todo esto, el fin del mes de febrero de 1957 fue “calmo y tranquilo”, según Salazar. El 20 de febrero se realizó la última manifestación del mes, en una marcha convocada por estudiantes de la FECh y la FEUT; trabajadores por la CUT, la FINC, la Federación Metalúrgica; pobladores de la Agrupación Provincial de Santiago, de la población

Nueva La Legua; el Comando contra las Alzas del Hospital Barros Luco y su símil de la novena comuna de la capital (*El Siglo*, 21-II-1957; *Las Noticias de Última Hora*, 21-II-1957). Por más o menos treinta días los estudiantes y obreros dejaron las calles, principalmente motivados por el anuncio del gobierno de pensar en suspender el alza del pasaje de la locomoción colectiva. Dicha situación se mantuvo así hasta la segunda quincena de marzo, cuando, luego de que el gobierno repusiera el alza, se desató la protesta masiva, reanudándose el ciclo de protesta y en ascenso hacia convertirse en revuelta el día 1 de abril de 1957. Pero esa ya es otra historia.

Conclusiones

El análisis que se ha hecho del movimiento de protesta de los meses de enero y febrero de 1957 en Santiago de Chile, ha estado en todo momento guiado por el trágico devenir de los últimos días del obrero panificador Manuel Rojas Llantén. De esta forma, ha sido posible observar importantes aspectos, a nivel de bases y organización, de la construcción de un ciclo de protesta; así como también se ha puesto atención respecto del lugar de la violencia represiva y sus víctimas en las filas de los grupos populares movilizados, y sus efectos en la dinamización del mismo ciclo de protesta.

Ante la primera pregunta de este escrito: ¿cómo se construye la articulación social que conforma un ciclo de protestas populares?, ha sido posible responder desde la observación del universo social y político en que se desarrolló, en el último mes y medio de su vida, Manuel Rojas Llantén. Así, se puede observar cómo los cruces y encuentros entre estudiantes, pobladores, militantes y obreros dan cuenta de un denso tejido de apretada trama en la constitución de un ciclo de protesta popular. Los debates en las asambleas muestran el tiempo que demoraba en producirse la alianza social que empujaba las luchas sociales. El caso de 1957 es el de una revuelta que surge desde este tipo de ligazones, que dan cuenta de una experiencia en que lo popular toma formas clasistas y de combate al Estado a través de la política de la lucha callejera. La constitución salvaje de aquello, en abril de 1957, no es un hecho espontáneo, sino un objetivo buscado conscientemente por la actividad cotidiana de muchos militantes sindicales, poblacionales y estudiantiles desde los primeros días de enero de ese año.

En segundo lugar, respecto de la pregunta por las formas en que se realizan conceptos como “activista”, “militante”, “dirigente” o “revoltoso” en un ciclo de protestas en el Santiago del siglo XX. Manuel Rojas Llantén era todo eso a la vez. Pero su caso era una rareza, no una normalidad. Eso sí, como se vio, es un personaje que da acceso a esas realidades del universo popular de la ciudad, a entender su dinámica lejos de las caricaturas o idealizaciones. Lo que muestra Rojas Llantén son también las crudas formas en que los movimientos son real y cotidianamente conformados y sostenidos. Entre cada etapa de entusiasmo y rebelión de masas permanecían las franjas organizadas, a veces dramáticamente, sosteniendo el esqueleto del movimiento popular del siglo XX.

Finalmente, para responder la cuestión de cómo se modifica la protesta rumbo a la revuelta y qué rol juega la violencia en ella, se debe colocar en el centro el hecho de que la mayoría del movimiento asumió como un crimen la muerte de Rojas Llantén. El “asesinato” del obrero trazó una frontera imborrable en el corto plazo entre Carabineros y manifestantes. Los distintos actos de homenaje a la memoria del panificador, que se realizaron en los días siguientes a su muerte, así como la discursividad que los acompañó, evidencian una significación de la muerte, en tanto límite total de la violencia, como dinamizador de la protesta y galvanizador de la identidad del bando popular en la misma. La represión elevó la presión y la protesta, tal y como se observó desde la quincena de marzo de 1957, y estuvo lejos de doblarse. Más bien se hinchó de rabia y dobló su apuesta por vencer a punta de lucha callejera.

Este trabajo es una aproximación a un hecho particular —la muerte de un muy especial militante obrero— para aproximarse a la comprensión de un fenómeno general —los ciclos de protestas y las revueltas populares en el Chile del siglo XX—. Se ha tratado, en todo momento, de contener sus conclusiones y síntesis a los límites de las fuentes y los hechos conocidos. Pero también es una propuesta para poder conocer históricamente la experiencia de personas que constituyeron, con su vida, el movimiento popular del siglo XX. En el encierro común, en un frío calabozo del centro de Santiago, el joven Luis Fernández Barrera y Manuel Rojas simbolizaban, también, toda una alianza social de protesta popular. Eran personas que nunca fueron “cúpulas” ni reconoci-

dos “héroes”, sino seres comunes y corrientes que, lamentablemente, solo importan cuando mueren en circunstancias que, por fin, se vuelven escandalosas, y así permiten conocer las razones profundas de la masividad revoltosa de las clases populares.

Referencias bibliográficas

Fuentes primarias

a) Archivos

Archivo Nacional de la Administración, Chile. Fondo Ministerio del Interior.

b) Publicaciones periódicas

El Siglo, Santiago.

Las Noticias de Última Hora, Santiago.

El Mercurio, Santiago.

Fuentes secundarias

a) Artículos y capítulos de libros

Alvarado Lincopi, C. (2017). “¿Qué pueden temer los winka si los mapuche nos unimos?” Raza, clase y lucha sindical mapuche. Santiago, 1925-1980”, en *CUHSO*, N° 27, pp. 121-151.

Brockett, C. (2002). “Una resolución de la paradoja represión-protesta popular mediante la noción de ciclo de protesta”, en Traugott, M. *Protesta social: Repertorios y ciclos de la acción colectiva*. Barcelona: Hacer.

Tarrow, S. G. (2002). “Ciclos de acción colectiva: entre los momentos de locura y el repertorio de contestación”, en Traugott, M. *Protesta social: Repertorios y ciclos de la acción colectiva*. Barcelona: Hacer.

Yáñez Andrade, J. C. (2008). “Por una legislación social en Chile. El movimiento de los panaderos (1888-1930)”, en *Historia*, N° 41, Vol. II, pp. 495-532.

b) Libros

Garcés, M. (2013). *Tomando su sitio: el movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.

- Milos, P. (2007). *Historia y memoria: 2 de abril de 1957*. Santiago, Chile: LOM Ediciones, Universidad Alberto Hurtado.
- Muñoz Cortés, V. (2013). *Sin Dios ni patronos: Historia, diversidad y conflictos del anarquismo en la región chilena (1890-1990)*. Valparaíso: Mar y Tierra.
- Salazar Vergara, G. (2006). *Violencia política popular en las «grandes alamedas»: Santiago de Chile 1947-1987: una perspectiva histórico-popular*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.
- Tarrow, S. G. (2004). *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- Traugott, M. (2002). *Protesta social: repertorios y ciclos de la acción colectiva*. Barcelona: Hacer.